

CAPITULO XIV.

DONDE SE DEMUESTRA QUE ENTRE LOS PREPARATIVOS DE UNA BODA Y SU CELEBRACIÓN, HAY CONCORDANCIA GALLEGA.

I.

Eloisa Mons era una de las perlas más brillantes que ostentaba en su corona la distinguida sociedad de México. Exquisita en su trato, refinada en sus modales, dotada de una profunda simpatía y de una inteligencia despejada, giraba en su torno lo más grande de la juventud elegante. Eloisa había visto pasar á los hombres como nubes fugitivas de preamora; no había sentido la emoción intensa del primer cariño hasta que su mirada de águila se posó en la frente de un ser excepcional, dotado del prestigio de la fortuna y de la aureola del romanticismo. Aquel hombre, célebre por sus aventuras en Europa, sus duelos en los Estados Unidos, sus prodigalidades en América, era el sér que debía arrojar el primer rayo de amor en el corazón vírgen de aquella criatura. Eloisa amaba hasta el delirio, y se creía correspondida. Decirle á aquel ángel de pureza y amor, todo es mentira, el cariño es una sombra que dura menos que la palabra en el viento, hubiera sido asesinarla. Vivía bajo el dosel purísimo del cielo, sin celos, sin inquietudes, y acariciando las imágenes que atrasaban sin cesar la atmósfera azulada de su pensamiento, esos angeles invisibles cuyo vuelo se percibe en el cielo del corazón, y batir sus alas y humedecerlas en las linfas transparentes del alma. Eloisa amaba con el corazón y con el pensamiento, los dos motores del espíritu humano. Creía porque el amor sin fé es el crepúsculo sobre el corazón, la niebla al través de la vida, haciéndola opaca y melancólica. Llamaba al ángel de la belleza para sacudir esa cascada de rizos sobre su espalda y su garganta, y el ángel encendía sus pupilas, y entiviaba su aliento, y agitaba el seno de espuma, y daba un tinte bellissimo á todo aquel ser hechicero y encantador. Eloisa veía cercano el momento en que su amante debía presentarla en aras del Creador para jurarle entre el perfume del incienso y de su corona de azahares, atmósfera del cielo y de la tierra en un solo aliento, que su amor sería eterno!

II.

Aquel hombre, amado con tanto ardor y sinceridad, era Don Fernando Moncada. El joven calavera, acostumbrado á estrujar el corazón de las mujeres, y destituido de aquellos sentimientos que hacen del hombre un ser digno en el mundo de la verdad y de las ilusiones, había perdido en el torrente de la disipación las flores del alma. Sentía halagado su orgullo con los amores de Eloisa, los ostentaba, y sin embargo, daba largas al asunto del matrimonio; su fortuna sufría un desfaleo terrible, sus compromisos aumentaban, y el juego consumía sus cuantiosas rentas.

La esperanza de salvación era Eloisa; aceptaría su enlace en el postrer momento de la bancarota, y ese estaba muy próximo sino es que ya había llegado. D. Fernando concibió algo de amor por Rosa; creía que la hija de un comerciante arruinado tendría que aceptarlo tarde ó temprano, y resuelto á esperar, mantenía en vivo fuego los amores de aquella inocente, á quien destinaba al sacrificio del desengaño. Rosa no había recibido las primeras impresiones que dejan en el alma las palabras santas de una madre. Entregada al cuidado de mujeres extrañas, no conocía el amor sublime de la hija al ser que le ha dado vida y aliento. En el colegio se hizo egoista; conocedora después del fatal secreto de su nacimiento, vivía triste aparentando desconocer lo que tanto la molestaba. De aquella situación sacó una esperanza que halagaba profundamente su orgullo: quiso ser legitimada y ostentar el nombre de los Borbones. Cabrera ayudaba á sus pretensiones y ya la hemos visto atravesar sin miedo las turbulentas olas del océano, llegar á las playas mexicanas y hacerse el agente más activo de la intervención, siempre que el movimiento convergiese hacia el centro de sus ambiciones. Rosa amaba en Don Fernando el título, su cariño era una mezcla de aspiración y orgullo en la que entraba también la simpatía; era un amor inexplicable, pero al fin era un amor. El amor en ciertos corazones es un elemento de destrucción, es el rayo combinado, la mar siempre inquieta, la sirte amenazante. Eloisa por el contrario, aspiraba solamente al cariño del hombre á quien adoraba, era el sueño de flores de la niña, la corona de azucenas ciñendo el alma vírgen de la criatura. El alma de Don Fernando estaba suspendida entre el cielo y el océano. El cielo podía enturbiarse y desprender el rayo; una vez en actitud de tormenta, el mar abriría un profundo abismo á sus piés.

III.

En esta crisis terrible llegó la noche aquella, en que el estudiante Felipe Cuevas, sin más razón que el espíritu de Baco, acertó á dar una estocada al conde del Jaral. Don Fernando estaba en su estudio disponiendo sus papeles, y se notaba en él cierto fondo de malestar inexplicable; su rostro estaba pálido y sus ojos velados por unas ojeras pronunciadas; se comprendía que la noche la había pasado en vela. Efectivamente, el Conde sentado á una mesa de juego, libró su fortuna al azar, y su fortuna voló como el humo de la disipación. Acobardado ante sus compromisos imposibles de satisfacer, optó por el matrimonio y se decidió á verificarlo con la señorita Eloisa Mons, creyendo que Rosa no podría enterarse de este acontecimiento. Mondoñedo llegó á la casa del Conde, y con su acostumbrada familiaridad, se acercó á su amigo dándole un golpecito en el brazo.

—Cuidado, que me haces mal.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada, es una ligera herida que he recibido hace tres noches. Una sospecha cruzó por el corazón del estudiante.

—¿Y dónde aconteció esa desgracia?

—¡Pst! ¡llamas desgracia á un ligero rasguño! ¡Demonio! lo doy por bien empleado con el susto que llevó ese majadero.

Aquello no era sospecha, era la realidad; Mondoñedo procuró desimular cuanto pudo, por no hacer entrar al Conde en sospechas.

—¿Conque se aturrulló tu heridor?

El Conde no respondió, ocupado como estaba en el arreglo de sus papeles.

—¿Y es de gravedad? insistió el estudiante.

—Algo se ha enconado, parece que era hoja de verduguillo.

Mondoñedo sintió oprimido su corazón por una mano de hierro.

—Vamos, continuó Don Fernando, ayúdame, que tengo que darte una noticia muy importante.

Mondoñedo entregando al turbión de sus ideas y á la desesperación de sus celos, no oyó á Don Fernando.

—Vamos, parece que estoy hablando en desierto, acércate y arréglame esos legajos.

El estudiante se aproximó á la mesa.

—Pues decía, amigo Mondoñedo, que esta noche doy el golpe, ¡me caso!

El estudiante dejó caer los legajos que tenía en la mano y volcó el tintero sobre la carpeta.

—¡Satanás cargue contigo! exclamó el Conde, ya manchaste ese documento.

—Perdona, fué una casualidad.

—Pues señor, lo dicho, me derrumbo, es decir, me caso.

—¿Y con quién? preguntó con ansiedad terrible el estudiante.

—Parece que te interesas demasiado; ¡diantre! cualquiera diría que eras el novio.

—Deja las bromas y dime la verdad.

—Es un secreto.

—¡Dímelo por Dios, Fernando!

—Vaya un hombre original.

—Necesito que me digas el nombre de tu novia.

—¡Ea, majadero! suelta, que me lastimas.

—Perdona otra vez, hoy vengo muy preocupado.

—Voy á decirte ese nombre que tanto excita tu curiosidad.

—Ya te escucho.

—Pienso castigarte con mi silencio.

—No, no lo harás, porque sabes cuanto me intereso por tí; acaso pueda darte un consejo, ¿no es verdad?.....yo te hablaré con franqueza, tú no necesitas de mi opinión, pero en fin, soy tu amigo.

—Bien, pues esta noche me desposo con Eloisa.

El estudiante sintió otra vez las palpitaciones de la vida y se arrojó casi llorando al cuello de Don Fernando.

—Bien, hombre, déjame; basta de felicitaciones, que me vas á hacer sangrar la herida.

—Tu elección no puede ser más de mi agrado, la señorita Mons es un ángel, un serafín, tú vas á ser muy feliz, además es rica, riquísima, inmensamente rica.

—¡Y eso qué importa! dijo con indiferencia aquel hombre, no obstante de sentir el dedo sobre la llaga.

—Algo importa, el dinero es la base sobre la que se levanta la felicidad. ¡Oh! si yo tuviera la milésima parte de tu caudal, me casaba con Rosa.

Aquel nombre pronunciado por Mondoñedo, trajo á la memoria del Conde á la joven abandonada.

Serenóse instantáneamente y preguntó con indiferencia:

—¿Conque tú también estás enamorado?

—Sí, hasta las entrañas.

—No me habías hablado nunca de Rosita.

—Es que ese nombre no sale jamás del corazón.

—¿Y dónde vive tu novia?

Mondoñedo le tenía miedo al Conde, y eso detuvo un desenlace fatal, porque el estudiante respondió sin inmutarse: Santa Teresa número 4.

—No es, murmuró Don Fernando.
 —Soy dichoso, bulbuteó Mondoñedo.
 —Conque hablemos de mi negocio: he dispuesto una fiesta íntima, un convite de familia, nada de ostentación; pero eso no quiere decir que tú no asistas, van algunos amigos y yo te cuento entre ellos.

—Lo sé, Fernando, y tendré una positiva satisfacción en presenciar una ceremonia de la cual depende tu bienestar futuro.

—Muy moral has aparecido.

—Hay cosas demasiado serias, señor mío, y yo respeto á la señorita Mons.

Don Fernando le tendió la mano á Mondoñedo.

—Te espero esta noche á las diez, cita inglesa.

—No faltaré, te lo juro por mi honor.

—Adiós!

—Entre paréntesis, ¿me necesitas?

—No, gracias, todo está arreglado perfectamente.

—Nos veremos á las diez, sin falta.

El estudiante salió como una aleluya y se dirigió á una casa de la calle de San Francisco.

IV

Un billete de Rosa le había anunciado cuál era su nueva habitación. Subió violentamente la escalera y penetró en el aposento de la joven. Rosa estaba pálida, triste, desesperada; su amante no había concurrido á dos citas, y ya comenzaba á alarmarse.

—Rosa, dijo el estudiante, he sufrido de una manera imponderable; dígame usted, ¿qué ha pasado?

—Ese viejo Torre-Mellada, cuya hija robaron los amigos de Don Fernando, creyó que en mi casa estaba oculta Isabel, y ha metido á la policía.

—Esto es horrible! yo subía, atraído por el bullicio, y me aprehendieron como á un conspirador; no sé qué punto de contacto tenga esto con el rapto de la Torre-Medalla.

—No importa, ya pasó todo, he aquí el fruto de una calaverada.

—El Conde ha tenido su aventura.

Plegose el ceño de Rosa.

—Sin saber por qué motivo, se sintió atacado por un majadero, que acertó á herirle en un brazo.

—No vale la pena.

Mondoñedo quedó satisfecho.

—El Conde tiene una aventura peor aún.

—¿Será otro lance? Ese hombre busca la desgracia por todas partes.

—Es que se trata de su fortuna.

—¿De su fortuna? preguntó Rosa con extrañeza.

—Sí, dijo el estudiante, fijando sus ojos tenazmente en los de Rosa, el Conde del Jaral se casa esta misma noche.

Mondoñedo dejó caer una á una estas palabras buscando el efecto que debían producir en el alma de Rosa, toda vez que se interesara por Don Fernando. El rayo lanzado por el estudiante era tan vivo, tan repentino, que la joven se quedó como petrificada sin comprender nada. Mondoñedo perdió hasta la última sombra de sospecha.

—Deme usted ese pañuelo, dijo Rosa para alejar al estudiante.

Mondoñedo se levantó y Rosa pudo entrar en esa calma fría que es de todo punto necesaria en las grandes vicisitudes.

—Decía yo, prosiguió el estudiante, que mi amigo Don Fernando se casa esta noche.

—Lo dudo, porque el Conde es un calavera y no dará fácilmente en el matrimonio.

—Cuando yo lo aseguro, que soy el amigo de intimidad se debe creer á piés juntillos.

—Y quién es la novia?

—La señorita Eloisa Mons.

La fisonomía de la joven se contrajo horriblemente; pero Mondoñedo, precisamente porque observaba de hito en hito á Rosa, no lo pudo notar.

—A las diez de la noche se efectúa el matrimonio, por eso he anticipado mi visita.

Rosa ya no podía contener sus lágrimas.

—Amigo mío, dijo á Mondoñedo, me siento algo indispuesta: si tuviera usted la bondad de venir mañana, se lo agradecería.

—Como usted guste, respondió el estudiante, y volviéndose de súbito, la dijo con profunda emoción: perdone usted si la importuno, pero cuando veo á alguien que entra por las puertas de oro y flores de la dicha, entonces el amor que está depositado en el fondo de mi alma, se revela, siento acrecer la pasión que hace tanto tiempo me consume, y mis labios rompen el secreto en que se han recogido.....Rosa, yo amo á usted, hasta ahora no he alcanzado una sola esperanza, un rasgo de compasión.

—¡Compasión! murmuró la joven.....compasión! esa palabra es un sarcasmo, yo soy quien la necesito; pero usted no se halla al tanto de la tempestad sombría que cruza por mi espíritu abatido; algún día rasgaré ese denso velo, y entonces del

fondo de mi pecho se arrancará la palabra compasión, ese ay trístísimo de agonía en los últimos momentos del alma!

—Rosa, usted sufre, y esto me destroza el corazón; yo presiento algo terrible, sé que voy atado á una cadena cuyos eslabones invisibles me arrastran á la fatalidad: este misterio, estas palabras que significan mucho y no puedo comprender, me enloquecen! yo vivo en el vértigo del lirio, en la duda y en la ansiedad!

Plegue al cielo, dijo la joven, que no salgáis de esas tinieblas; porque es terrible despertar de un sueño para encontrarse en el terreno de la realidad. Adios! olvidad vuestro amor, yo no puedo amar á nadie, mi corazón repele todo, soy un ser excepcional, mi alma se levanta por cima de las pasiones humanas.....! he sabido amar, amar hasta la locura, hoy ya no amo; el licor de la vida se empozoña, el horizonte se tiñe de sangre y el acento apacible que otras veces se ha exhalado de mi corazón, hoy es un rugido de desesperación! Idos, Mondoñedo, mañana sabréis lo que después deseareis olvidar. Adios!

La joven se lanzó violentamente al interior de los aposentos.

Mondoñedo quedó como una estatua, mudo, helado y en silencio, no sabía qué pensar de aquella súbita metamorfosis; hasta entonces había creído en una mujer; desde quel instante, el ángel se transformaba en genio, pero en genio de la desesperación.

Las esperanzas que habían surgido durante el periodo que llevaba de tratar á Rosa, se arrancaban para siempre; el estudiante se sentía al borde de un abismo, sin percibir un rayo de luz que le alumbrase; aquello era superior á su inteligencia, estaba por cima de su corazón que era sereno y arrojado.

Repúsose un tanto y salió de aquella casa como un demente, y se echó á andar sin rumbo ni objeto por las calles de la ciudad.

V.

Rosa llegó á su aposento desfallecida, se arrojó en su lecho y lloró en silencio, pagando el tributo á su alma de mujer.

Levantóse después llena de orgullo, altanera, majestuosa, acercóse á su mesa, tomó una tarjeta y escribió con pulso firme:

“Fernando: hece tres días que faltas á nuestra cita; nunca me he sentido más enamorada; ven, por la primera vez podré recibirte. Una circunstancia imprevista nos proporciona este feliz instante por mí tan deseado; ven, te llama el cariño apasionado de

ROSA.”

Tiró del cordón de la campanilla, y se presentó una camarera.

—Al señor Don Fernando Moncada; que se le entregue en propia mano.

La camarera salió,

—Ya estás en mi poder, exclamó la joven fijando su mirada en el cuadro de la Herodías.

—¡Primero así! exclamó señalando la cabeza del Bautista..... esta pintura es acaso una cifra del porvenir!

CAPITULO XVII.

DONDE SE DA CUENTA DE UNA MUSICA EN QUE NO HAN PENSADO

VERDI NI BELLINI.

I.

El estudiante salió por la puerta de San Lázaro, adelantó en el camino del Peñón y á las dos horas de camino se sintió cansado y tomó asiento en una piedra que estaba sosteniendo el poste del telégrafo. Esa vía puede reputarse como una lengua de tierra, porque á sus costados se extienden las bellísimas lagunas de Chalco y de Texcoco. Mondoñedo contemplaba aquella vasta inmensidad, donde el cielo azul, sembrado de nubes blancas se reflejaba como cúspide de zafiro. El aire de la tarde comenzaba á levantar las olas, que aparecían en un continuo desvanecimiento como escamas de oro, hasta perderse en los confines del lago.

En el fondo del horizonte se veía una sucesión de picos azulados de esa corona de montañas que ciñe el valle de México.

Las aves en bandas, atravesaban por las lagunas y se posaban en las olas como grumos de espuma al sople resbaladizo de las auras. Las barcas pescadoras apenas se percibían como una sombra que se deslizaba por el cristal del agua. A lo lejos aparecía el Peñón, esa pequeña prominencia en cuyo seno se reúnen los elementos volcánicos, preparando para más tarde una catástrofe. El infeliz estudiante no hallaba qué pensar sobre una situación tan obscura y preñada de reticencias y de misterios.

—El tiempo solamente desatará este lazo que me ahoga, decía en el delirio de sus dudas: yo amo á esa mujer, me llega el ardor de su alma y el fuego de sus pensamientos; pero me hallo tan distante como el solesperemos, yo creo comprometida mi existencia en esta pasión.

Quedóse con el rostro escondido entre las manos y los brazos sobre sus rodillas, abismado en el mar insondable de sus pensamientos. Un golpe de viento trajo velozmente un grupo de nubes que unidas á otras formaron un cortinaje negro que apagó los rayos solares. Desprendióse una violenta lluvia. El estudiante se levantó pausadamente, y pocos momentos después estaba envuelto en la tempestad. Echóse á andar; pero el trayecto era largo y llegó á la ciudad entrada la noche. Escurriendo el agua, lleno de fango y con la desesperación en el alma, tomó asiento en uno de los banquillos de la Plaza de Armas, para dar tregua á la fatiga. Hacía media hora que Mondoñedo descansaba, cuando percibió un grito extraño y gritería. Llevado de la curiosidad se acercó hacia el atrio que da al Empedradillo y conoció que aquella algazara era nada menos que una furibunda "cencerrada."

II.

Cuando se supo en México la muerte del joven General Leandro Valle, fusilado en el Monte de las Cruces por las horas reaccionarias, se levantó un escuadrón, formado por los jóvenes más distinguidos de la sociedad. El escuadrón tomó el nombre de "Valle," y comenzó á organizarse definitivamente. Aquella juventud eligió el patio del Monte de Piedad para celebrar sus academias. El edificio es vasto, sus departamentos bien combinados; pero en todo él se respira la época en que el Sr. Don Pedro Romero de Terreros, Conde de Regla, decretó su fundación. Hay allí mucho de sombrío y recogido; sus empleados son silenciosos y dilicados, allí no se habla sino lo estrictamente necesario, existe la escala rigurosa en los ascensos, hay jefes seculares como los ahuehetes de Chapultepec; parece que las sombras de los empleados del Siglo XVIII permanecen aún y se echa de menos la peluca empolvada, la casaca de raso bordada, los zapatos bajos y el espadín. Creemos haber visto que uno usaba sombrero de "tres picos," y estamos seguros de que alguno de sus empleados lleva corbatín de resortes de acero, cuellos superabundantes y capa española hasta los tobillos. El Monte de Piedad es uno de los establecimientos de beneficencia que han conservado su forma al través de las convulsiones políticas. Se giran en él más cantidades que en muchas de las oficinas recaudadoras del gobierno, y con un número reducido de empleados. Las almonedas son muy concurridas: piezas de ropa que valen un sentido en la casa de Salín, se rematan á un precio ínfimo.

Los especuladores se apoderaron de la almoneda. Nos he-

mos divagado un tanto de nuestro objeto. Decíamos que la juventud atronadora del escuadrón Valle concurría al patio del Montepío á celebrar sus academias. Aquel establecimiento que á las tres de la tarde se transforma en lugar de sombra y de silencio, sintió extraño á la turba alborotadora de los nacionales. Parecía que una parvada de golondrinas aventureras se había apoderado del edificio. Aquello era una profanación; los retratos de Carlos III y del Conde de Regla que yacen empolvados en el aposento del director, se habían irritado al escuchar las voces de la ordenanza y protestaban con la cédula y el reglamento en la mano. El director, influenciado por el espíritu de aquel siglo, prohibió la entrada á los nacionales. Los nacionales á su vez se irritaron contra el director, y le dispusieron un obsequio como aquel ofrecido á Saligny por sus compatriotas, y que á un sereno le pareció "música rara de los señores extranjeros."

III.

Mondoñedo se acercó á un grupo de embozados que se había situado frente al Montepío.

—¡Hola, Mondoñedo! gritó la voz conocida de Santiago González, ¿ya vienes prevenido?

—No sé de qué se trata.

—Pues óyelo, querido, que ya vamos á dar el segundo toque; extiende la vista y ve mirando á todos los amigos.

Los nacionales estaban armados de almireces, cacerolas, bandejas, cazos, campanas, matracas, sonajas, trompetones, cornetines y cuanto instrumento ú objeto pudiera producir una música infernal.

—¿Quién capitanea? preguntó Mondoñedo.

—Quién ha de ser, respondió Felipe Cuevas que se hallaba en todas las aventuras, sino Agustín del Río, uno de nuestros jefes.

—Entonces, respondió el estudiante, la "batuta" está en buenas manos.

Acercóse un joven alto, robusto, de bigote y piocha espesos, puro habano y sombrero de fieltro.

—Muchachos, dijo á los estudiantes, preparen las armas que ya va la segunda andanada.

—Ya estamos, Agustín, gritó la turba llena de regocijo.

—Corran la palabra, insistió del Río, que ya la sinfonía va á comenzar.

Agrupóse toda la gente de trueno, y al repique de una campanilla se soltó el infernal ruido que llegó á los salones del respetable director del Montepío.

Aquello era.....era..... Salvá trae la palabra en su diccionario: era una "cencerrada"; ¡pero qué cencerrada!

Aquello era la armonía de la discordia, un trozo de sinfonía del infierno, el vértigo de las escalas cromáticas en una descomposición abominable, las "florituri" de Satanás en sus horas de mal humor.

La gente que paseaba en el atrio ocurrió al lugar que podemos llamar de la ejecución, y se agregaban á todo aquel ruido los silbos, las carcajadas y los aplausos.

Los balcones del edificio permanecían cerrados.

Los inválidos de la guardia estaban azorados.

Cesó aquel aguacero de discordancia por algunos minutos para dar su último saludo al director, que no daba por aquella noche señales de vida.

Como una parvada de tordos á la detonación de una escopeta, así se dispersaron los nacionales y la noticia de tan gloriosa cencerrada circuló por toda la ciudad.

IV.

Luego que Gonzalez, Felipe Cuevas y Mondoñedo se encontraron solos, éste les preguntó como seguían de sus contusiones.

—Ya estoy bueno, dijo González, y lo poco que me quedaba me lo he desquitado con la cencerrada.

—Nos la ha pagado el director; figúrate, amigo mío, que en ese maldito establecimiento no nos reciben nuestras prendas.

—Tales están ellas.

—Eso no importa es Monte de Piedad de Animas, y nosotros nos reputamos como tales.

—En el Montepío aguardarán á que uno se vuelva ánima para socorrerlo, y eso es horrible.

—Ya en la desnudez nos vamos pareciendo demasiado.

—Cuenten con mi bolsa, dijo Mondoñedo.

—Gracias. ¿Pero de donde diablos sales tan enlodado y con el sombrero escurriendo de agua?

—Vengo de un paseo.

—¿De natación?

—Punto menos.

—Vete á mudar ropa que estas echo un carámbano.

—Además dijo el estudiante, que esta noche tengo que asistir al casamiento del Conde del Jaral.

—Es buena noticia para Isabel, que me parece que le ama todavía, dijo Cuevas por herir la susceptibilidad amorosa de González.

Santiago respondió con socarronería;

—Rival menos.

Cuevas se mordió los labios.

—Nos veremos, el Conde me espera, mañana puedo necesitaros.

—Te esperamos toda la mañana en la casa de González.

—Muy bien, y adiós.

V.

Felipe Cuevas, celoso de su concoleaga, juró tomar venganza al recibir el sopla-mocos de González, y esa misma tarde le puso un anónimo á Don Fernando Torre-Mellada, dándole las señas de la casa y cuantos particulares le vinieron á las mientes, colocando al irritado padre sobre la vía que paraba en el aposento del estudiante Santiago González, donde hacía como tórtola enjaulada la desgraciada de Isabel.

El inválido dejó caer la noche, y seguido de tres policías se puso en acecho de la casa como un gato frente á la ratonera. Los dos amigos se dirigieron á la habitación de González. Isabel, que había recobrado su antiguo buen humor, los recibió con agasajo. Cuevas extrañó verla, y se figuró que el anónimo no había llegado á manos de Torre-Mellada. Entablóse la tertulia de todas las noches, tocaron la guitarra y se cantaron seguidillas y románticas, y después entró la de hablar algo de la crónica del día. Cuevas con intensidad dañada, refirió el casamiento del Conde del Jaral.

—Se casa, y por él estoy en el borde de la perdición, pensó la joven: me he entregado en manos de estos necios, y acaso se burlan de mi credulidad con ellos; es necesario terminar una situación tan tirante, al menos no se reirán de mí.

Estas ideas atravesaron como un relámpago por el cerebro de la joven, y pretestando cualquier cosa, se levantó de su asiento y salió al corredor.

Entró en su aposento, tomó su abrigo, y procurando no meter ruido, dejó con el mayor silencio y desesperación la casa de los estudiantes.

Mucha era la dilación de la joven, tanto que ya se hacía notar en la pequeña concurrencia.

Levantóse Loreto en busca de su amiga, cuando la policía, acaudillada por el inválido, tomó las avenidas de los aposentos y se precipitó en el de recepción.

—¡Alto ahí todos! gritó Torre-Mellada con voz de trueno. Los estudiantes se quedaron petrificados.

- ¿Qué busca usted en mi casa? preguntó Loreto.
 --Señora, entrégumela usted.
 --¿Pero que quiere usted que le entregue?
 --Lo que tiene usted oculto.
 --No comprendo una palabra.
 --Lo que pido es á mi hija, á Isabel, que vive en esta casa.
 --Es cierto que aquí ha vivido algunos días; pero hace un momento que desapareció.
 --¡Rayo del cielo! exclamó el viejo; ¡esto es demasiado!
 Los policías catearon todos los aposentos: la joven había desaparecido.
 --Esta si es una verdadera "cencerrada," dijo Felipe Cuevas frotándose las manos.

CAPITULO XVIII

DONDE PRUEBA LA FACILIDAD DE HACER SUFRIR A UNA MUJER
 EL TORMENTO DE JUANA DE ARCO.

I.

La señorita Eloisa Mons estaba en su gabinete esperando la llegada del peluquero, para exhibirse como siempre en esos trajes admirables de fantasía en que resultaba todo el buen gusto é imaginación de la joven. Sobre un confidente estaba el traje de ceremonia y en la mesa consola varias cajas con joyas preciosísimas. La novia tenía un semblante inquieto algunos momentos y otros exaltado, seguramente cruzaban por su cerebro ideas encontradas que determinaban la fisonomía de Eloisa. Su palidez se había hecho más intensa, sus ojos brillaban como dos luceros al arrollarse las primeras nubes de la tormenta. Llevaba un vestido de cachemir, su cabello caía en rizos descompuestos sobre su seno y espalda, y en ese descuido tan esmerado había toda la gracia del gusto y el romanticismo de su situación.

No estaba solo el aposento con aquella ave pronta á dejar la jaula de oro de sus primeros años; en un sillón, próximo al que ocupaba Eloisa, estaba Don Fernando, contemplando la belleza deslumbradora de su novia. Por más gastado que estuviera el corazón del Conde, se sentía reanimar solo á la luz apacible de aquella mirada; además,

esa mujer lo amaba con pasión. Rosa, sepultaba en la obscuridad, sin ese brillo de lujo y de la aristocracia á los ojos de un hombre todo orgullo y vanidad, debía desaparecer como una sombra en la imaginación.

--¡Qué bella estás ¡Eloisa! decía el galán lleno de entusiasmo: yo bendigo el momento en que vamos á unirnos para siempre; en que mi alma concentrada en la tuya puede adormecerse en un delirio intenso de felicidad.

--Fernando, yo estoy loca de placer, hace tres noches que no duermo, estoy agitada, profundamente inquieta, me parece que todo es ilusión, que el cielo ha abierto sus puertas de zafiro para nosotros; no creía tan próximo este momento.

--Eloisa, cuando va á llegar una época de realidad bellísima para nosotros que hemos nacido en la alta esfera de la sociedad, debíamos estar unidos; pronto desaparecerá toda esta situación, nuestros derechos serán reconocidos y mi nombre tomará el brillo de mis antepasados. Eloisa, la monarquía va á levantarse sobre este edificio que amenaza ruina; rico, feliz, envidiado, nuestro orgullo y amor quedarán satisfechos.

--No quisiera yo; dijo Eloisa, que identificaras nuestra suerte con los azares de la política; yo quiero vivir tranquila, Fernando, nada que pueda acibarar nuestra existencia.

--Eloisa, mis compromisos en Europa me han traído á México y tengo de cumplir la palabra empeñada.

--Yo respeto cuanto tú hayas hecho, pero te suplico en nombre de nuestro amor, que te alejes de este terreno siempre resbaladizo de la política.

--Me olvidaba, dijo D. Fernando, sin contestar la súplica de su novia: te traía este alfiler, quiero que esta noche lo lleves en tu tocado. Eloisa tomó una caja de terciopelo azul, la abrió y quedó encantada. Una piedra de ópalo de un tamaño extraordinario y con los colcres bellísimos del iris, estaban sobre una montadura que formaba un cerco de brillantes claros como la luz y como ella resplandecientes.

--¡Es magnífica la combinación! dijo la novia.

--Yo quedo satisfecho, respondió D. Fernando, con que sea de tu gusto.

--No quiero decirte nada sobre los adornos de esta noche, porque pienso darte una sorpresa.

--Siempre tú eres una novedad para mí, aunque estás conmigo á todas horas. Eloisa tomó con sus pequeñas manos la cabeza de su novio y acercó sus labios á la despejada frente de Don Fernando.

